

## XI

## CANTAR DE GESTA DE DON SANCHO II DE CASTILLA

por Julio Puyol y Alonso; Madrid, Victoriano Suárez, 1911.

Un tomo de 130 páginas en 4.º mayor.

El libro del Sr. Puyol, al que este informe se refiere, figura en primera línea entre las publicaciones, hechas recientemente, acerca de los orígenes, harto confusos é ignorados aún, de nuestra historia literaria. No sólo por su antigüedad (anterior, probablemente, al *Cantar de Mio Cid*, redactado hacia 1140), sino por su extensión y por su mérito, el *Cantar de gesta de don Sancho II de Castilla*, restituído ahora por la diligencia y el talento de uno de nuestros más notables investigadores, ocupa lugar preferente entre las viejas producciones de nuestra epopeya. Es tanto más de apreciar esta labor, cuanto que, por desgracia, la penuria de la literatura española en obras de este género es sobrado notoria, y, en su consecuencia, cualquier hallazgo de esa naturaleza (sobre todo, siendo de la importancia del presente), vale la pena de fijar en él una detenida atención.

Hace notar el Sr. Puyol, en el cap. 1 de su libro, que D. Rafael Floranes, D. Tomás Antonio Sánchez, el primer Marqués de Pidal y D. Agustín Durán (y pudieron agregarse Ticknor y J. Amador de los Ríos), habían reparado ya en las asonancias conservadas en los textos de nuestras Crónicas medievales, y sospecharon, en vista de ello, que tales Crónicas siguieron á veces cantares de gesta hoy perdidos, conservando, con alteraciones más ó menos profundas, versos enteros de los originales. El patriarca de los estudios épicos en España, D. Manuel Milá y Fontanals (en cuyos preciosos libros queda todavía mucho que aprender, aun cuando se hayan utilizado ya con provecho), escribía en 1874, refiriéndose á la primera *Crónica general*: «Entre los variados materiales que en esta singular cuanto interesante compilación fueron reunidos y sujetados á una armazón cronológica, cuén-

tanse los cantares de gesta ó narraciones de los juglares. Cuando estos relatos se oponen abiertamente á más graves autoridades, cítalos la *General* para desmentirlos; mas en otros puntos, aun cuando contengan alguna especie que desagrada por inverosímil ó por bárbara y obliga á escudarse con la fórmula: «E dicen algunos», los transcribe más ó menos á la letra, no siempre indicando su procedencia, mas sin borrar del todo las huellas de su versificación rimada» (1). Como muestras inequívocas de estos resabios de versificación, cita Milá las narraciones de *Carlos Maynet*, de *Bernaldo del Carpio* y de los *Infantes de Lara* en la Crónica general susodicha. Y no son éstas las únicas, porque además de la gesta de *don Sancho II*, se encuentran en análogo caso las del *Duelo de España*, de *Alfonso el Católico*, del *Rey Fruela*, de *Alfonso el Magno*, del *Infante don García*, de *don Fernando el de las particiones*, del *Cerco de Zamora*, y quizá algunas otras (2).

Acontece, además, un fenómeno harto curioso en estas reminiscencias poéticas de nuestras Crónicas; no siempre la Crónica-tipo es la que mejor conserva la forma poética del cantar; á veces, como ocurre precisamente con los *Infantes de Lara*, las Crónicas derivadas nos dan á conocer vestigios de rima mucho más claros y terminantes que los de la primera.

Al mismo tiempo, estas Crónicas, que engarzan en la tosca trama de sus páginas los hilos de oro del cantar de gesta, constituyen á su vez, más tarde, la fuente de una nueva inspiración, la del romancero popular, donde el metro octosilábico, ya apuntado en algunos versos de los cantares, toma cuerpo y realidad poética, adoptando su forma definitiva.

(1) *De la poesía heroico-popular castellana*; Barcelona, Verdager, pág. 4.

(2) Véanse: J. Puyol; obra citada, págs. 28 y 55-56.—R. Menéndez Pidal: *La leyenda de los infantes de Lara*; Madrid, 1896.—Idem id.: *Cantar de Mio Cid (Texto, Gramática y Vocabulario)*; Madrid, 1908-1911 (tres tomos).—Idem id.: *L'Épopée castillane à travers la littérature espagnole*; Paris, 1910.—Idem id.: *Romance del nacimiento de Sancho Abarca*; Paris, 1910 (en los *Mélanges Wilmotte*).—Idem id.: *El elemento histórico en el «Romanz dell Infant Garcia»*; Firenze, 1911 (en los *Studi* dedicados á Rajna).—A. Bonilla y San Martín: *Gestas de Rodrigo el Campeador (Gesta Roderici Campidocti)*; Madrid, 1911.

\*  
\*\*

Las asonancias que descubren la existencia del *Cantar de gesta de don Sancho II de Castilla*, hállanse en los capítulos 813 al 844 de la primera *Crónica general*. «Los treinta capítulos—escribe el Sr. Puyol—que dedica la general al reinado de D. Sancho II, no solamente están hechos en presencia de una *gesta*, sino que, examinándolos con cuidado, se adquiere el convencimiento de que los compiladores de la *Crónica* tuvieron el *Cantar* por guía casi única de su trabajo, adicionándole algunas escasas noticias sacadas de las crónicas latinas de D. Rodrigo de Toledo y de don Lucas de Tuy, obras que, á juzgar por las referencias que á ellas se hacen en la *General*, fueron consideradas como fuentes supletorias... siendo particularidad digna de notarse que, cuando se citan dichas crónicas, la asonancia desaparece, para surgir de nuevo tan pronto como la cita se termina.»

En la hipótesis de que se trata de un *Cantar* independiente, y de que este cantar fué compuesto á fines de la undécima centuria, ó todo lo más en los comienzos de la siguiente (aunque su léxico sufriera importantes modificaciones al ser incorporado á las crónicas), el Sr. Puyol se vale, para su fijación, de la primera *Crónica general* y de la *Crónica del Cid* (publicada por Juan de Velorado en 1512) (1). En su opinión, el *Cantar de don Sancho* empezaba en el momento de la partición de los reinos hecha por D. Fernando I, y acababa en uno de estos otros tres: ó en el de la muerte del rey y su sepelio en el monasterio de Oña (término probable del *Cantar* primitivo), ó en el

---

(1). Cons. J. Puyol y Alonso: *La crónica popular del Cid* (En el *Archivo de investigaciones históricas* de Marzo, 1911). Para el autor, la *Crónica* particular del Cid se deriva de la *Crónica de Castilla*, procedente á su vez de una abreviación de la primera *general*, mezclada con elementos de la de 1344. En cuanto á la *Suma de las cosas maravillosas* ó *Crónica popular*, es reproducción parcial de la *Chronica abreviada* de Mosén Diego de Valera.

final del episodio de Zamora, ó en la jura en Santa Gadea. Para el Sr. Puyol, como para el Sr. Menéndez y Pelayo, existió un *Cantar*, independiente, *del cerco de Zamora*; *Cantar* que, desde luego, es posterior al de D. Sancho; pero es muy posible que se hiciese por narraciones sucesivas, todas las cuales, derivando como derivaban del hecho de la muerte de D. Sancho, fueron bien pronto á incorporarse á la *gesta* de este rey, y, en las refundiciones que tal *gesta* experimentó hasta quedar en la forma en que la conocieron los compiladores de la *General*, fué absorbida por el *Cantar del cerco*, «pues más de la mitad de la historia del reinado de D. Sancho la ocupan en la crónica los capítulos destinados á aquel asunto». En cuanto al *Cantar del cerco*, entiende el señor Puyol que terminaba con el último combate librado entre Diego Ordóñez y Rodrigo Arias, y no con la *jura en Santa Gadea*, la cual no debió de figurar en el primitivo *Cantar de Zamora*, «sino que es un cantar de los de *Mío Cid*, y quizá de los que figuraban en la parte perdida del *Poema*, ya que tan á maravilla prepara y explica la causa del destierro» (1). Con respecto á la intervención del Cid (2) en el cantar de D. Sancho, cree el señor Puyol, después de un razonamiento detenido y fundamental, que «las escenas en que aparece el *campeador* en los *cantares de don Sancho II* y del *cerco de Zamora* (especialmente en este último)

---

(1) Así pensaba también Bello. En cambio es de la opinión contraria el Sr. Menéndez Pidal (D. R.): *Cantar de Mío Cid*, pág. 1020 (nota), fundándose principalmente en los versos 109 á 114 del poema (compárese la historia latina; pág. 37, línea 5.<sup>a</sup> y siguientes de mi edición). Por mi parte, creo con el Sr. Puyol que la *jura* pertenece á un cantar del Cid, y no formó parte del cantar del *cerco* en la primera redacción de éste. No es obstáculo lo de la causa del destierro, porque no considero evidente que siguiese aquél á la negativa del rey de dar su mano á besar al héroe castellano. Ni la primera crónica, ni las demás, que conocieron el *Cantar de la jura*, hablan del destierro en semejante momento. Que lo señalen romances redactados tres siglos después, no es argumento convincente. Nótese, además, que el Cid, en el *Cantar* (versos 1272, 1323), se considera vasallo de Alfonso, aun después de haber sido *airado* por éste.

(2) Cons. el importante estudio del Sr. Puyol: *El «Cid» de Dozy*, en la *Revue Hispanique* de Paris (1910).

son, en su mayor parte, ya que no en su totalidad, añadiduras que fueron haciéndose á las versiones primitivas de aquellas *gestas* y cuyos precedentes han de buscarse en los cantares de *Mío Cid*.

\* \* \*

El metro del cantar fué, verisímilmente, el alejandrino, y advierte el Sr. Puyol que los segundos hemistiquios fueron trasladados á la Crónica con mayor fidelidad que los primeros, y que en aquéllos «parecen predominar los versos de seis y siete sílabas cuando el asonante es agudo, y los de ocho cuando es largo». Las asonancias más frecuentes son las en *e-o* y en *a-o*, habiéndolas también en *á*, en *é*, en *a-a*, en *e-a*, en *í-a*, en *í-o* y en *ó*.

El fondo del *Cantar*, como el de toda nuestra poesía épica medieval, es radicalmente *realista* é histórico, aunque haya en él incidentes, como era natural, debidos á la fantasía del juglar ó del pueblo. Para los que entienden que *realismo* equivale á carencia de arte (¡...!), esto puede quizá constituir un defecto. Para los que opinen como nosotros, que *realismo* es creación, en la que el artista entra en comunión íntima con la naturaleza de que forma parte, convirtiéndose, como las mónadas de Leibniz, en un verdadero y total reflejo de ella (para lo cual debe empezar por acto de humildad, incompatible con el idealismo), esa nota realista, así entendida y practicada, es una de las más gloriosas y vitales de nuestro Arte.

De esta suerte, sin arrebatos de lirismo, sin alardes de vanidad personal, en la gesta del anónimo juglar cobran vida los personajes de su drama: el genio-ambicioso y rebelde de D. Sancho; el carácter dudoso de Doña Urraca; la franca rudeza del conde D. García de Cabra; la entereza, lealtad y prudencia de D. Arias Gonzalo, el *ayo* de la infanta, se hallan fielmente retratados en el *Cantar*, dando unidad á la composición, en medio de descripciones jugosas é interesantes.

Véase, por ejemplo, cómo pinta el juglar algunos de sus cua-

dros (1): En la batalla de Golpejares, cerca del río de Carrión, el Cid anima al rey Alfonso en estos términos:

«Señor, los leoneses agora están  
seguros en sus posadas... et vos faced tornar...  
et acogetlos todos á vos et al alba cras;  
ferid en la hueste de los leoneses et de los asturian(o)s,  
... ca ellos et gallegos por costumbre an  
de alabarse cuando son bienandant(e)s,  
et de facer grandes nuevas et de chufar  
et escarnescer á los otros; et, fablando, causarán  
... et escuantra la mañana adormirsan.»

Estando el rey Alfonso con Almenón de Toledo, un día, por la Pascua de los moros:

«salió el rey Almenón... pora ir degollar el carnero...  
Et el rey don Alfonso salió con ellos...  
Este rey don Alfonso era muy feroso caballero;  
et... dos moros que vinien con ellos,  
fablaron deste rey... et dixieron... que feroso caballero...  
el otro moro respondiolo a aquello: ...  
yo soñaba esta noche que... entraba por Toledo  
caballero en puerco.  
Dixolo... ell otro moro, como solviéndolo este sueño:  
sin falla te digo: este ha de seer señor de Toledo.  
Et ellos fablando en esto,  
alzaronse... al rey don Alfonso todos los cabellos...  
Et pues que fue degollado el carnero,  
tornáronse... Et... Almenón oyera... bien todo [aquello], ...  
et mandó llamar á aquellos dos moros; et así como vinieron,  
apartose... et demandoles quel dixiesen que era aquello  
quel dicién... cuando iban a degollar el carnero.»

El rey moro manda entonces venir á sus sabios,

«et contoles todo aquello...  
así como ge lo ellos contaran lo del sueño  
et lo de alzarse los cabellos...»

---

(1) Varió ligeramente la construcción de algunas frases que cito, para aproximarlas en lo posible á la rima.

Los moros sabios, cuando esto oyeron,  
entendieron, segund las señales daquellos avenimientos,  
que este don Alfonso habié á seer señor de Toledo.»

Y he aquí el patético relato de la muerte de D. Sancho: El rey es aconsejado por el traidor Bellido Adolfo para tomar á Zamora:

«El rey cróvogelo et dixol que lo dicie muy bien.  
Et cabalgaron amos..., allongados de la huest(e),  
catando el rey como la podrie más aina prender,  
et veyendo sus cavas, mostrol [el] postigo .. aquel; ...  
pues que la villa hobieron andada, ... hobo el rey  
sabor de descender  
á andar, por y asolazándose, en la ribera de Duer(o),  
et traie... un venablo... dorado, como lo habíen... por costumbre los reis,  
et diol a Bellid Adolfo que ge le tovies(e),  
... et el rey apartose á facer  
aquello que la natura pide et que ell omne escusar non lo pued(e),  
et Bellid Adolfo allegose alla con él,  
et quandol vió estar daquela guisa, lanzol [el] venablo aquel, ...  
Et pues quel hobo ferido... volvió la rienda... et fue(e)  
cuanto más pudo pora aquel postigo que el mostrara al rey.»

Los castellanos salen á buscar á su señor, y le hallan á la orilla del Duero:

«do yacie ferido de muerte; mas non habié aún perdida la fabla;  
et tenie el venablo en el cuerpo, quel pasaba de las espaldas, ...  
mas non ge le osaban sacar, por miedo que perderie luego la fabla...  
Et llegó y esa hora un maestro de llagas  
que andaba y en la huest, et mandól aserrar ell hasta  
dell un cabo et dell otro, por tal que non perdiese la fabla.  
Dixol estonces el conde don García de Cabra,  
al que dicién el Crespo de Grañón: «señor, pensad de vuestra alma, ...»  
Dixo el rey estonces...: «matóme el traidor de Bellid Adolfo, que se habié  
[fecho mío vasallo;  
et bien tengo que esto fue por míos pecados,  
et por las soberbias que fiz á míos hermanos...».

Tal es el *Cantar de gesta de don Sancho II de Castilla*, que ha sido sacado á luz, no por un mero erudito de seco corazón y des-

provisto de sentido estético; sino por un literato de sagacísimo juicio y elegante estilo, bien enterado de nuestras antigüedades, é informado en la inmortal enseñanza del Maestro Menéndez y Pelayo. Podía haber aumentado considerablemente el volumen de su obra, convirtiéndola, al modo alemán, en unas tablas de logaritmos, á fuerza de números, cuadros esquemáticos, llamadas y referencias. Ha preferido atenerse á lo fundamental, y ha escrito así un libro bello, sobrio y ameno, que añade una perla más al tesoro de nuestra poesía épica.

Madrid, 21 de Junio de 1912.

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN.

---